

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Los ladrones.

Ocupados se hallaban tío y sobrino en reparar la horrenda mutilación que á manos de los rateros habia sufrido pocos dias antes el frac de Papamoscas, de cuyo acontecimiento dimos ya cuenta á nuestros lectores, y D. Cenon, á pesar de su inteligencia, se rascaba la frente y no atinaba cómo acoplar las cañas de unas botas viejas, un calcetín de algodón y un gorro encarnado que gastaba para dormir, únicos materiales de que podian disponer. No estaba Papamoscas muy satisfecho con lo heterogéneo de su faldon, y le ocurrió que podría forrarse todo, luego que estuviera concluido, con una tira ancha de papel que la casualidad habia puesto en sus manos, y cuyo color era el encarnado de amapola. Este color, decia él, es igual al menos, é imita bastante al de mi frac; no es verdad, tío Cenon?

—Tan cerrados tienes los ojos, Serapio, como el entendimiento: tu frac es de un amarillo rabioso, y el papel es encarnado; qué liga, qué amalgama quieres que hagan esos dos colores tan diametralmente opuestos? Es imposible que vayan unidos, so pena de esponerte á una rechilla general, y á que los chicos te tiren tronchos y puñados de paja.

—Ya veo, tío Cenon, que es V. un bolonio, y que no encuentra en

todo otra cosa que dificultades; acaso ha visto V. nada mas distinto que los pícaros y los hombres honrados? Pues tan unidos y revueltos andan que se confunden unos con otros, sin que sea posible distinguir el que viene de ofrecer una misa, del ladron que dentro de un momento ha de robarle á uno los faldones del frac.

—No te falta en eso la razon, Serapio, y ahora que hablas de ladrones, voy á explicarte, segun te prometí, las diversas pandillas que pululan por todas partes, y que son el verdadero azote de la sociedad laboriosa.

Papamoscas empezó á saltar á la pata coja, y á restregarse las manos de alegría, diciendo: Hay tiito de mi corazon, cuánto me alegro de que me enseñe V. á conocer todos esos picaronazos, para tener el gusto de gritar cuando vea uno por la calle: A ese ladron! A ese ladron! Y que le cojan los agentes de proteccion y seguridad pública ó los señores de la ronda de capa, y le arrimen unos cuantos *cosquis* con esos junquillos que llevan para espresarse cuando algun prójimo se desmanda.

—Tu regocijo, Serapio de mi vida, es vano; la mayor parte de los ladrones que te voy á indicar son de tal calaña, que insultan impunemente á los que roban, en vez de ser ellos insultados.

—Tío, esas son las aleluyas del mundo al revés, y lo que me admira es la pachorra de la justicia y la de los guardias civiles, que no los cojen á todos y los dan *mulé*.

—La justicia y la fuerza armada, Serapio, son de poco valor contra una clase tan numerosa, que como tú has dicho antes, se halla incrustada entre los hombres honrados, y las mas veces figurando en primera linea.

—De suerte, que si tienen la cuquería de parecer buenos, y luego hacen sus robos donde nadie los vé, qué extraño es, tío, que se paseen entre nosotros echándola de bonachones, sin que los podamos distinguir? Eso mismo es lo que acabo de decir á V.

—Si así fuera, Serapio, nada tendria de particular; pero lo que ha de admirarte, es que ejecutan sus robos á sabiendas de todo el mundo, en todas partes y á todas horas.

—Cáscaras, que eso es ya una desvergüenza mayúscula! Yo les aseguro, tío Cenoncito, á esos señores ladrones, que si conforme soy un pobre Papamoscas, fuera arzobispo, mayordomo ó cosa semejante, no habian de jugar los cubiletes con tanta gracia, porque daria órden á todas las tropas de la guarnicion, para que salieran á caza de ladrones y dejarán los campos y las poblaciones mas limpias de esa canalla, que lo que nosotros estamos ahora de monises.

—Serapio, no es ese el método que se puede emplear; pero escúchame primero, y veremos si despues encuentras arbitrios mas razonables.

—Pues hable V., recto tío mio, porque hacemos tantas garambainas con la conversacion que parece camino de lagartijas.

—Entre las numerosas clases de ladrones que agobian á la sociedad, hay una que ejerce su profesion en las ciudades y en los despoblados, unas veces valiéndose de la fuerza, y otras burlando la vigilancia de la justicia, apoderándose con violencia de lo que á otros pertenece.

—Entre esos canallas se encuentra el faldon de mi frac, tiito de mi alma.

—Calla y no me interrumpas. Esta clase no es, Serapio, la mas perjudicial, si bien es temible por sus violencias, pero al fin, es perseguida abiertamente, y tarde ó temprano vienen á pagar su merecido.

—Otros que en nada se asemejan á ellos pues no son hombres sin oficio ni beneficio, como solemos decir, sino antes bien están ocupados

dia y noche en su profesion, despliegan todo su talento en trastornar las cosas de tal modo que no las conoce la madre que las parió, y á fuerza de poner lo de arriba abajo, hacen culpable al inocente, honrado al asesino, al mayorazgo indigente, y dejan exclusivamente al pobre en el olvido, como pieza inútil para su juego.

—Tío Cenón, esos ladrones parecen escribanos.

—Mil veces te tengo dicho que no te metas en comparaciones, porque eso no hará otra cosa que malquistarnos con las gentes; parezcanse á quien quieran, lo cierto es que ellos medran por este medio. Hay otros, Serapito, que á fuerza de prestar dinero á todo el mundo, se quedan con todo lo que tienen los demás.

—Tío, eso es una quiquiricosa! Pues si todo lo dan, ¿cómo se quedan los otros sin ello?

—Porque dan cuatro y reciben ocho, que es poco mas ó menos lo mismo que sucede con los ladrones agiotistas de los billetes del Banco, que á fuerza de moneda por papel, han de llegar á quedarse con el dinero de todos los pobres si Dios no lo remedia, porque por aquí nadie tiene trazas de remediarlo.

—Pues Su Magestad los reciba á todos en su santa gloria antes que tal suceda, y á los que dan cuatro por ocho, Dios les conceda una muerte tan pacífica en las astas de un toro, como medrados dejan á sus socorridos.

—Estos ladrones, sobrino mio, no dejan de tener algun que otro perance, porque á veces se las tienen que haber con otros ladrones mas línees que se cargan con el santo y la limosna.

—Tío, eso se llama á cuco, cuco y medio.

—No acabaríamos nunca, Serapio, si hubiéramos de referir clase por clase todas cuantas existen; así, para no molestarnos, te indicaré una en la que pueden incluirse todas las que faltan, y para la cual las que ya te llevo referidas son un grano de mostaza. Esta es la de los vagos tomada en toda su estension.

—Esos son los que no quieren trabajar, verdad tiito?

—Precisamente, Serapio.

—Ya los conozco bien; llevan chaqueta, sombrero calañés, vara por baston, se van con las bribonas, juegan al chito y....

—No caminas de acuerdo con la verdad, sobrino, porque si bien es cierto que entre los de ese trage se encuentran muchos con los vicios que refieres, tambien la mayoría pertenece á los artesanos honrados que gastan su vida en trabajar como negros para sostener á los demás. Los vagos temibles, Serapio, no llevan chaqueta, ni juegan al chito, sino batas, levitas y ricos fraques, y en vez del chito juegan á las cartas.

—Qué majos irán esos señores ladrones! Ni el demonio, tío, que los conozca por la cáscara.

—Pues esos, Serapio, habitan en los salones, van en coche, se pasean llenos de orgullo entre las personas útiles, no sirven para nada, y su única ocupacion es comerse el sudor de los demás.

—Si no comieran mas que el sudor, tío, no estarían muy medrados; pero lo malo será que se atracarán de jamón dulce, buenos pollos, rica fresa y otras mil cosas, de las cuales estamos nosotros *in albis*. Diga V., tío, ¿no podria dedicarme yo todavía á ese oficio tan rico, y quitarme de andar correteando por esas calles para no comer luego sino unos cuantos garbanzos de cuero de Rusia, y un poco de tocino mas añejo que V.?

—Serapio, nada hay comparable á la satisfaccion de ganar el sustento.

—Todo tiene, tío, su revés y su derecho, y por mas que V. lo quie-

ra pintar de otro modo, siempre vale mas tomar 20 rs. por estarse uno tendido á la bartola, que 10 por trabajar como un pollino para mantener á los demás.

—Eso, sobrino, es un egoismo refinado. Los males que afligen á la nacion española es la inmensa plaga de holgazanes que pesa sobre los hombres laboriosos, porque si todos trabajáran, Serapio, el trabajo sería una bicoca, y viviríamos en una balsa de aceite.

—Y no habria un medio, Sr. D. Cenon, para meter en un brete á tanto ladronazo, y hacer á cada cual que arrimára la costilla á la carreta?

—Eso es muy difícil, sobrino mio.

—Tio, ya veo que V. no es mas que un tio Cenon, y que no ha de hacer nunca cosa de provecho. Yo soy un zote, bien lo veo; un pobre Papamoscas, mas largo que una I mayúscula y mas estrecho que una senda de hormigas; pero á pesar de todo, si en este instante fuera yo todos los ministros, Isabel II, el cardenal Cisneros, y toda esa gente que manda en la nacion, me veria V. estender en un *sancti amen* un memorial con varios artículos para que todo el mundo trabajára á mas y mejor.

—Un decreto querrás decir, jumento.

—Como V. sabe mas que yo, llama las cosas por su nombre, pero esto no hace al caso.

—Aunque no tengo ganas de reir, quisiera que me citáras alguno de esos artículos para ver hasta dónde llega la medida de tu barbaridad.

—La de V. es una peticion muy justa, tio Cenon, y por lo tanto voy á darle gusto, empezando de esta manera:

Como dueño y gobierno que soy de toda la nacion, mando artículo primero.....

—¿Qué fórmula es esa tan rara?

—Calle V., tio estorba.

—Pues señor, como digo, mando artículo primero. Pena de la vida á todo el que no trabaje en cualquiera cosa para ayudar á sus pobres hermanos.

—Qué ferocidad tan desmedida, ¿cómo ha de trabajar el que nada sabe?

—Que se calle V. le digo, tio panza, que ahora verá los medios. Yo cojeria todo el campo que está por cultivar, y en los sitios donde no hubiera agua abriria norias. Concluido esto cogeria á todos los prójimos uno por uno, y les diria: ¿En qué se ocupa V., hermano?

—Soy zapatero.

—Pues continúe V. haciendo zapatos, mientras los demas hacemos otras cosas. Y V., amiguito, qué hace tan puestecito de frac, y con esos guantes tan estirados?

—Yo no me dedico á cosa ninguna, porque mis padres estaban muy bien acomodados, y no quisieron que me molestára cuando era niño.

—Pero ahora, tiene V. muchas rentas para sostenerse?

—Ninguna, señor.

—Pues coja V. este azadoncito, y cabe la tierra, que aquí se le dará lo necesario para vivir, ó de lo contrario vaya V. á las armas, que no es justo se esté V. de brazos cruzados mientras otros le buscan la melona.

—Pero, señor, mi clase.....

—Nada tenemos que ver con eso los demás. O á trabajar, ó á una isla desierta donde se la tenderá V. que buscar solito. A otro le diria: Y bien, buen amigo, qué se hace V. por acá?

—Ahora pasearme: yo entré de meritorio en una oficina cuando era niño, porque decian mis padres que esta era una cosa mas decente que

trabajar á un oficio; pero como los destinos están tan malos... ahora me pesa haber seguido esta carrera.

—Si V. hubiera sido un empleado útil á la nación, nada importaba, porque también en este ramo se pueden hacer grandes servicios á sus semejantes; pero puesto que nada sabe ni en qué emplearse, tome V. ese azadoncito, á menos que no tenga por su casa algunos miles de reserva, que en este caso es muy dueño de holgar hasta consumirlos.

—Pero cómo quiere V. que yo me emplee en ese oficio tan bruscote?

—Haber aprendido á relojero ó á miniaturista cuando era niño.

—Pero señor!

—Nada, ó á cavar, ó á dar vueltas á la noria, ó á la isla desierta, que aquí no queremos chuchumecos. En fin, de esta manera iría uno por uno hasta entrarlos en vereda.

Artículo segundo, mando para lo sucesivo, que todo el que á la edad de veinte años no sepa ganar su sustento, ni tenga medios con qué vivir, se aplique á las labores del campo ó á otro ejercicio que no necesite de grande inteligencia, so pena de ir al servicio de las armas ó á una isla desierta para que no se coma lo que otros ganan. Esto no se ha de entender con los que tengan impedimentos físicos ó morales.

Artículo último. Todos los que trabajen mucho serán nobles, y los que mas sobresalgan en sus profesiones, sean cualesquiera, recibirán cruces de distincion y toda clase de consideraciones, porque solo el que trabaja las merece, así como al hombre inútil por holgazan se le deben achuchar los perros.

Ya veria V., tío, de esta suerte cómo los ladrones se hacian hombres honrados, y no habia mas que pedir.

—Como soy Cenon, que estoy estupefacto de oírte, y aunque has vertido algunas vaciedades, no has dejado de tocar la dificultad.

Así terminaron tío y sobrino su diálogo: Papamoscas se probó su faldon nuevo, y se marchó á corretear.

Papamoscas va á los toros.

Impaciente aguardaba D. Cenon á su sobrino al oscurecer del día 5, porque habiéndole permitido que fuera á la corrida de toros, y siendo ya hora bastante avanzada sin haber vuelto de ella, temia que le hubieran cortado el otro faldon del frac ó al menos la visera de la gorra; pero á poco rato desaparecieron sus temores cuando le vió entrar alegre y placentero.

—Qué tal, Serapio, qué tal? te has divertido mucho? cómo se han portado los vichos esta tarde?

—Tío mio, perfectamente mal: los gorrinillos de mi tierra embisten algo mejor que los toros de Flores, ó de Rauri.

—Cuéntame, hombre, cuéntame todos los pormenores.

—Pues señor, á las cinco en punto salió el primer toro, que por cierto se parecia mucho á V.....

—Serapio, ¿qué es eso de parecerse un toro?

—Habló en el genio: era animal poco aficionado á dar disgustos á nadie; así es que evitaba con mucha prudencia las acometidas para no verse precisado á devolverlas, porque eso sí, se conoce que estaba bien educado: viendo el público aquella mansedumbre pidió perros, y sin compasion le fueron echados hasta el número de cinco.

—A quién?

—Al toro: acaso había V. creído que sería al presidente porque no impuso una multa á la empresa, ó á la empresa porque engañó al público? No señor, al toro. Pues como iba diciendo, murió el animal, y salió el segundo, y luego el tercero, y despues el cuarto, y en seguida el quinto.....

—Serapio, ¿á dónde vas á parar? Despaciol quiero que me refieras los incidentes de cada uno.

—Qué incidentes, si no los hubo! Todas las fieras estaban cortadas por una misma tijera, si se exceptúa el tercero que era aficionado, como V., al salto del trampolin, y que se metió en barrera dos veces y media: durante la lidia del cuarto entró S. M. en el palco en compañía de su augusta mitad; y por último, salió el toro número 6.º pintiparado como sus compañeros de infortunio. Sin embargo, este se escedió algo, no porque su conciencia le impelia á ello, sino porque se vió apurado hasta mas no poder: en fuerza de fuerzas, y de pinchazos, y de provocaciones, y de insultos, capaces de encolerizar á un toro de Flores ó de Rauri, maló cinco obleas, por otro nombre caballos, que se habian muerto voluntariamente hacia diez ó doce años. El pueblo, que en todo ha de ser generoso, pidió un toro de *gracia* cuando debía haber pedido de *justicia* los seis que no se le habian dado. Concedida la *gracia*, salió el sétimo, sin divisa, *vera-efigies* de sus colegas, que no tenia ganas de bromas, por lo cual le despacharon con brevedad, y se acabó la fiesta. Por supuesto que ya se puede V. figurar que la plaza estuvo servida como siempre: particularmente los mozos destinados á los picadores y á la limpieza del circo, estaban vestidos con suma decencia; unos en mangas de camisa, otros sin medias, y algunos sin calzado ni sombrero; pero esto, qué importa? No parece sino que á la plaza de toros de Madrid va un público respetable...! para qué andarse con requilorios...! Tio...! si yo fuera jefe político de la corte.....

Aquí llegaba Papamoscas cuando notó que D. Cenon se había dormido como un cachorro: estuvo mirándole un rato, y al fin saliendo de puntillas del gabinete, dijo para sí: Ha hecho bien en dormirse, porque al cabo y á la postre predicar en desierto sermon perdido.

La carta del Papamoscas.

Dadas eran ya las dos de la madrugada del día 6 del actual, cuando D. Cenon oyó ruido en el aposento de su sobrino: alargó el oido cuando le fue posible y percibió clara y distintamente la voz de Serapio que decia: Así, así....: voy á dar á mi tio la sorpresa mejor de que hayan platicado las historias. Alarmado y curioso al mismo tiempo el obeso profesor de flauta, echóse de la cama al suelo, y sin cuidarse de cubrir su cuerpo con la bata, ni de ponerse las chinelas, se acercó de puntillas á la alcoba de Serapio: mayor fue su sobresalto al ver luz en ella, y mas notable su cuidado cuando empujando la puerta le encontró escribiendo, cosa que en él no habia visto desde que á su lado le tenia.

Muy bien, hijo mio, perfectamente, exclamó D. Cenon sin poderse contener: mientras yo duermo á pierna suelta, en la creencia de que todos en mi casa imitan mi ejemplo, tú trasnochas y me gastas una vela de sebo que me cuesta tres cuartos; y para qué? pregunto: para escribir sabe Dios á quién, cómo y de qué manera.

—Calma, señor mio; calma! exclamó Serapio un tanto cuanto orgulloso: despacio y tenga V. la bondad de sentarse.

—Sentarme á las dos y media de la mañana? Pues qué piensas, rama informe de mi tronco, que me ha traído aquí el deseo de conversar contigo? Lo que te mando en este momento es que apagues la luz y te metas entresábanas, ó de lo contrario pondré en ejercicio toda mi autoridad *tiuna* cerca de tu persona para hacerte entrar en vereda.

—D. Cenon! Una de las buenas cualidades que V. me ha recomendado siempre es la gratitud; ella, pues, me ha obligado á ponerme á escribir en estos momentos, ya que de día no tengo tiempo mas que para pasear: el porquero del Paular, que como V. sabe ha sido el padrino y protector de mi inocencia abandonada, me está suplicando continuamente que le escriba y dé noticias de la corte: desde que llegué á ella todavía no lo he hecho; por lo tanto esta noche me he dedicado á cumplir con lo que debo; dos renglones y mi firma faltan á la epístola; con que suplico á V. se sienta, y tendré el gusto de que la lea y me dé su dictámen.

Temeroso D. Cenon de que Serapio diese curso á la carta sin enseñársela, hubo de sentarse al fin mal de su grado y esperar á la conclusion: despues de unos cuarenta y cinco minutos de silencio, el sobrino puso en sus manos el escrito, que con el auxilio de sus gafas pudo leer, y decia de esta manera:

«Madrid 6 de Junio de 1848: Sr. D. Porquero del Paular: muy señor mio, y amigo mio, y padre putativo mio: me alegraré que al recibo de esta carta se halle V. sano y bueno en compañía de los cochinitillos y demas personas de su aprecio: yo estoy bueno gracias á que no me duele nada. Ha de saber V. que hace dos años que llegué á Madrid, en donde encontré á mi tio Cenon bestialmente gordo, y tanto, que necesita diez y seis varas de plugastel para hacerse una camisa: se ha hecho periodista, y escribe en la actualidad un periódico de oposicion á todo lo que yo digo: es hombre de buenas ideas, pero nunca creí tener un tio tan estremadamente grosero: todo lo que huele á política le asusta; así es que á su lado estoy sin atreverme á saludar á nadie, temeroso de que me riña porque soy político: en fin, dejemos esto porque no merece la pena y pasemos á otra cosa. En todos mis viajes, que como V. sabe han sido desde el Paular á Potes y desde Potes á Madrid, no he visto pueblo mas caprichoso que el de la corte: aquí las castumbres, los paseos y las diversiones están sujetas al imperio de la manía: tan pronto vé V. á la gente concurrir á un sitio, como abandonarlo: en vez de pasear en el Prado, que es muy ancho y hermoso, se han encajonado las personas en un callejon que hay delante del Botánico, y aunque sufren mil apretones y codazos y otras frioleras, no les importa; la moda lo manda así: lo mismo sucede con las calles; unas son mas concurridas que otras: por la calle de la Paz, que es muy bonita, no pasa un alma hace mucho tiempo; pero en cambio todo el mundo está en la de Peligros, y aun hay algunos que tienen la rareza de pasar por la plazuela de la Leña para ir á la de Atocha, donde está la cárcel de Corte: muchos, para llegar á la calle de la Libertad, no quieren atavesar la de la Reina, mientras algunos quisieran vivir en la calle de Maria Cristina que antes se llamaba de la Inquisicion: pero lo que yo sé es, que el que hoy día atraviese la calle de Bordadores para ir á la Plaza de la Constitucion, no tiene mas remedio que pasar antes por la calle de la Amargura: en fin, describir á V. todas las rarezas de estas gentes seria nunca acabar. Respecto á periódicos podré decirle que se publican muchos, tales como *El Heraldo*, que mi tio no quiere

mirar siquiera porque dice huele á feo desde muy lejos: *La España*, que es otro id.: *El Popular*, que es id., id., id., y del que tambien dice D. Cenon que tiene un saborcillo de criado de servir: *El Tio Camorra*, que habla mas que una *cotorra*: *El Guardia Nacional*, que es recogido de cuando en cuando: *La Esperanza*, que es un poco tonta en esperar en balde; y por último, *El Observador*, que es en ideas el alguacil de los demas periódicos.

No me dá la gana de escribir mas. Reciba V. memorias, aunque nadie me las ha dado para V., y vea de qué manera podrá servirle su hijo político interino. —SERAPIO PAPAMOSCAS.

P. D. Estoy seguro que si mi tio lee esta carta y ve lo de político lo vá á borrar inmediatamente »

Apenas D. Cenon acabó la epístola, con no poca sorpresa de su sobrino la hizo mil y quinientos pedazos; en seguida levantándose con calma le dijo:

—Ya me presumia yo, impúdico hijastro de ese porquero, que la carta seria como tuya: no tengo ganas de encolerizarme, por lo cual te prevengo únicamente que te acuestes, y mañana te dictaré yo mismo la carta que has de enviar á ese caballero: ¿qué le importan á él todas las necesidades que has ensartado? Adios y no vuelvas en tu vida á meter-te en camisa de diez y seis varas.

Diciendo y haciendo el respetable maestro de esgrima, dió un soplo á la luz, y dejó á Serapio en completa oscuridad y con el gesto mas grande de tonto que han visto los siglos.

El Tio Camorra en su número del martes último, dice que al leer el primer número de nuestro periódico se ha convencido que no es de *literatura*, ni de *politica*, ni de *artes*, ni de *costumbres*, etc., y sí de que es una *originalidad en su género*..... ¡Pobre Tio Camorra! Esto ya lo sabíamos nosotros y el público tambien, y lo mismo debia saberlo el puleto de Torreledones. Si hubiera leído el prospecto del *Papamoscas*, que en otra ocasion, por copiar, dijo *habia llegado á sus manos*, hubiera visto que este infeliz imbécil no blasonaba de literato, ni de político, ni de artista, ni de geógrafo, ni de matemático, ni de nada: únicamente ofreció decir *necesidades*, porque no se encontraba con fuerzas para otra cosa, y ya vé *El Tio Camorra* que cumple su palabra á las mil maravillas. ¿Para qué fijar grandes carteles con mucha *prosa* y algun que otro *verso*, prometiendo trigo y bueno, si despues ha de darse paja y mala?

A última hora.

Sabemos que la mayoría de señoras, señoritas, señoronas y mujeres de esta corte, se ocupa en redactar una esposicion al gobierno suplicándole deje en Madrid la cantidad siquiera de seis hombres para todas, pues temen, y con razon, que llegue el dia en que no viéndose por esas calles mas que faldas, papalinas y pendientes, se arañen unas á otras como perros y gatos, y tengan necesidad de armarse en cruzada para ir á la conquista de calzones á otro punto del globo.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodríguez, calle de Carretas, núm. 4; almacen de música de Carrafa, calle del Principe, núm. 13, y en el almacen de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazeal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.